

## REFORMA SIGLO XXI

# EL AMAÑADO PROCESO DE RAIMUNDO CHÁVEZ

■ ■ J.R.M. Ávila\*

### VERSIÓN DEL GENDARME GREGORIO VARGAS

En cuanto oye la detonación, el gendarme Gregorio Vargas, que se encuentra tendido en su cama vestido con su uniforme, salta en calcetines al piso y sin ponerse los zapatos ni calzarse el quepís, sale por la puerta trasera de su casa, la cual desemboca en el enorme patio central de la vecindad y, a sabiendas de que algo ha sucedido en la casa contigua, se dirige hacia allá. De salir por la calle de enfrente, lo más seguro es que se habría sentido ridículo, pero como va por dentro, ante la familiaridad de los vecinos, ir en calcetines y sin quepís, no le representa vergüenza alguna.

Como si la corazonada fuera más fuerte que ser guiado por la detonación, se dirige al tejaban que ocupan su compañero de oficio, Raimundo Chávez, y su pareja, María Salazar. Teme por la vida de él, porque en estos tiempos tan ríspidos, ser gendarme representa un peligro grave, ¿o debía decirse agudo? Lo curioso es que sólo ha sido una detonación y eso es más inquietante, pues cualquiera puede haberse asomado a la ventana, disparar y huir.

Largo se le hace el trayecto hasta la casa del amigo. Nunca había sudado tanto en tan corto tiempo. Pero se lo encuentra de pie, con la puerta del patio abierta, con la pierna izquierda del pantalón manchada de sangre, con los ojos incrédulos por lo sucedido y, sin atinar qué preguntarle, entra al tejabán. Ahí se encuentra María, más que sentada, doblada junto a la cama, como si quisiera incorporarse o como si fuera a caer, no lo sabe con certeza. Ella grita algo que no se entiende, pero parece un nombre que termina en "...eeeela". Lo hace una y otra vez. ¿Qué quiere? ¿A

quién llama? ¿Hay alguien cuyo nombre termine en "...eeeela"? No cesa de gritar el nombre irreconocible, pero sigue intentando ponerse de pie o no caer.

Sin que puedan evitarlo, María se desploma y su cuerpo suena a pesado bulto al topar en el suelo. "¿Qué pasó aquí, Mundo? ¿Quién le pegó?". El otro se lo piensa por un instante. "Nada, Goyo, un tiro que por accidente se me salió de la pistola", dice mostrándola y tendiéndosela con la mano derecha, derrotado, sintiéndose culpable aunque declare que ha sido un accidente. María sigue gritando "...eeeela". "¿A quién le habla?", pregunta el recién llegado, y entonces



Niña mareña

\*Autor de los libros "Ave Fénix", "Relámpagos que fueron" "La Guerra Perdida". Ha publicado en las revistas "Entorno", "Política del Noreste", "A Lápiz" de la UPN Unidad 19B de Guadalupe, N. L., "Entorno Universitario", "Reforma Siglo XXI" y "Polifonías" de las Preparatorias 3, 9 y 16 de la UANL y "Conciencia Libre". jrmavila@yahoo.com.mx

Raymundo se encoge de hombros y, sagaz, dice casi con inocencia: "Parece que le habla a Fela", y Gregorio recuerda a la mujer que prepara comidas cerca de ahí.

Sin decidirse por auxiliar a María, dándola tal vez por agonizante, no alcanzan a decir más porque en este momento llega corriendo Doña Cenobia, la rentera, queriéndose enterar de todo. Y de aquí en adelante, a soportar el fastidio de que llegue alguien, pregunte qué pasó y explicar una y otra vez lo del balazo accidental.

## DECLARACIÓN DE CENOBIA RODRÍGUEZ

Soy la dueña del tejaban en que vivía María Salazar. Me acuerdo que ese día estaba en mi casa, que es la de usted, muy quitada de la pena, hasta cantando a ratos, arreglaba un vestido que se me había desbastillado. Debe haber sido a aquello de la una de la tarde, más o menos, lo calculo por el solazo que caía de lleno en la calle Allende, que es donde vivo, cuando oí muy cerca un disparo de arma de fuego.

Me asusté tanto que hasta reboté en la silla en que estaba sentada y se me cayó de las manos el vestido que arreglaba. Le juro que fue tan grande y tan de repente el susto, que no me caí para atrás con todo y silla, nomás porque el respaldo estaba casi a la orilla de la pared. Cuando salí del susto, me asomé a la puerta de la calle y vi a un gendarme que venía de la calle Galeana, pasando por enfrente de mi casa, y que sin detenerse me preguntó dónde había sido el tiro.

Le contesté la verdad, que no sabía, y entonces siguió por Allende su paso apresurado y dobló en Puebla, con dirección a la Calzada. Me desentendí de él y, cuando me metía a la casa, oí una voz muy fuerte que dijo en el patio: "¡Ya le pegaron!", y sin esperar, salí por la puerta de atrás, donde una señora que se llama Manuela Nosequé, dijo mientras se alejaba de la casa donde había sonado el disparo: "Ándele, Doña Cenobia, que ya le pegaron a María".

Al verla huyendo despavorida, más me asusté, así que apreté el paso y llegué hasta el tejaban que rentaba María. La encontré tiradita, toda descolorida, a la orilla de la cama, herida del estómago. Ahí estaba un hombre del que no sabía su nombre, pero

parecía ser quien le había pegado el balazo. A su lado se hallaba parado un gendarme que vive en la vecindad, conocido como Goyo, y que ya lo había desarmado.

María no dejaba de gritar "...eeeela". "¿Qué dice", pregunté porque no le entendía bien. "Dice Mundo que le habla a Fela", dijo Goyo, y así fue como supe el nombre del asesino. "¿A cuál Fela?", dije reponiéndome, pero entrometida todavía. "¿Pues cuál Fela ha de ser, si no la de las comidas?". "¿Y por qué no van y le dicen a Fela que venga para ver qué quiere María de ella?", les dije. Los hombres se me quedaron viendo como si les pidiera las perlas de la virgen, pero ni se tibiaron.

Y de pronto, cuando menos lo esperábamos, María se retorció en el suelo y gritó más fuerte "...eeeela", pero desesperada de veras, a lo mejor porque no le entendíamos, y me quedé sin saber qué hacer, dudando si preguntarle o no, si tocarla o no, si moverla o no. ¿Qué tal si se me moría en los brazos y me salpicaban con la culpa de su muerte? Los hombres tampoco supieron qué hacer y los tres nos quedamos como estatuas de marfil, pero feas.

Y fue en ese cabal momento cuando tocó a la puerta el gendarme que había visto pasar enfrente de mi casa, y que tardó más para llegar porque él tuvo que caminar por la calle y buscar dónde había pasado todo, mientras yo me vine derechito por el patio de adentro. Le abrieron, y como ya con él eran tres gendarmes, que hasta parecía reunión, adrede no me retiré, porque se vio en seguida que el gendarme era conocido de ellos, y porque se me hizo sospechoso que cuando lo arrestó, Mundo no se le resistió.

Yo digo que no pudo pedir que el otro le hiciera la valona, como se acostumbra entre gendarmes por estos rumbos, nomás porque yo me quedé ahí. Y ya que vi que iban llegando más personas, mujeres sobre todo, y que ellos no tenían modo de arreglarse entre gendarmes, me retiré a mi casa, que es la suya, siempre y cuando venga usted en buen plan.

## DECLARACIÓN DEL GENDARME LUIS GONZÁLEZ

Me encaminaba de mi casa hacia el Mercado Colón, donde me habían asignado como gendarme de

punto. Iba por la calle de Allende, pasando el cruce de Galeana, cuando oí una detonación de arma de fuego a mis espaldas, hacia el oriente de donde me desplazaba. Sin detenerme a pensarlo, desanduve Allende, tratando de adivinar dónde había sido el disparo, preguntando a mi paso a quien se asomara o estuviera en la calle y nadie sabía darme razón. Todos decían no saber, por lo que continuaba caminando, como dicen los marineros, al garete.

Al llegar al cruce de Allende con Puebla, divisé a varias personas reunidas por esta calle, y doblé hacia donde se encontraban, y así pude dar con el lugar de los hechos que resultó ser un tejabán, con dirección Puebla Número 28. Toqué a la puerta y no tardaron en abrirme. En el lugar estaban dos gendarmes (uno de ellos en calcetines, sin quepis y con una pistola reposando en la mano derecha), una mujer mayor, y una mujer tirada en el suelo.

La mujer que estaba en el suelo, de nombre María Salazar, resultó ser pública, según me enteré más tarde, y presentaba una herida en el estómago, que al parecer la provocó un balazo que le había disparado un gendarme de nombre Raimundo Chávez, quien se encontraba sentado sobre la cama, desarmado ya por otro gendarme que vive en la vecindad, y que se llama Gregorio Vargas.

Me incliné con la pretensión de interrogar a la mujer herida pero no obtuve respuesta. Se limitaba a repetir algo así como "...eeeela" y que, según el decir del gendarme Raimundo Chávez, era un llamado a una tal Fela, que no estaba ahí presente. Para cuando me incorporé, además de los dos gendarmes, ya habían entrado al tejabán cuatro o cinco mujeres de quienes no pregunté el nombre. Entonces di por arrestado a Chávez, que no se resistió.

Supe que la que mujer mayor que vi al principio era la dueña de la casa pero ya se había retirado del lugar. No me enteré de más detalles porque en eso llegaron otros dos gendarmes asignados por la Comandancia de Policía y, uno de ellos, el de mayor rango, se hizo cargo de la situación.

## DECLARACIÓN DEL GENDARME JUAN RODRÍGUEZ.

¿Sabe usted? Yo me encontraba ese día como a la una y media de la tarde en la Comandancia de

Policía, ordenando papeles pendientes del día anterior, haciendo tiempo pero preparado como de costumbre para los imprevistos que se presentaran, sudando que no vea, sin que mi pañuelo se diera abasto para secarme, y con ganas de rumbear el uniforme para no empaparlo. Pero ya ve, la disciplina es la disciplina. Y todo a causa del calorón inclemente de ese miércoles 30 de junio del año pasado.

Entonces, para mi fortuna, aunque no para la fortuna de la perjudicada, recibí el aviso de que se había detonado un disparo en la calle Puebla número 28, y se me ordenó trasladarme al lugar donde se verificaron los hechos, lo cual efectué junto con otro gendarme al que se le ordenó acompañarme. El calorón no reculaba afuera de la Comandancia, pero al menos se tenía la sensación de recibir viento mientras avanzábamos por la calle y, sobre todo, dejábamos atrás el encierro.

Para cuando llegamos al tejabán que tiene esa dirección, ya se encontraba allí el gendarme Luis González, a quien le pregunté qué había sucedido y señaló a una mujer herida, que estaba casi desfallecida debajo de la cama. Por temor a lastimar a la mujer si la movíamos, mi acompañante y yo preferimos retirar la cama, porque los otros no habían hecho la tentativa siquiera.

Acuclillado, le pregunté a la fémina herida qué le había pasado y, aunque hizo el intento de decir algo y señalar a alguien, no pudo pronunciar ni una palabra que respondiera a mi pregunta ni, mucho menos, señalara al culpable. Se limitó a decir una y otra vez lo que la encontramos diciendo: "...eeeela". Al oír eso, le pregunté al gendarme Luis González qué decía y él contestó de manera expedita: "Los señores dicen que llama a una mujer de nombre Fela y que vende comidas por aquí cerca".

Entonces reparé en los presentes y vi que en el lugar de los hechos se encontraba Raimundo Chávez, quien, sin ser interrogado, manifestó que se le había ido un tiro por accidente, y que con ese tiro había herido a la mujer, de nombre María. En la palma de la mano derecha del procesado se encontraban señales de haberse fogueado al dispararse el tiro, a pesar de declarar que había sacado la pistola de debajo de una almohada con la izquierda.

Además, se encontraba ahí otro gendarme de quien no pregunté el nombre porque me intrigó

verlo con el uniforme incompleto. “¿Y usted, cómo se atreve a presentarse en el lugar de una indagación de hechos en calcetines y sin quepís?”, le dije, ante lo que se disculpó arguyendo que vivía en una casa contigua y que no le dio tiempo de vestirse el uniforme completo por ver si alcanzaba a impedir un asesinato. Le dije que estaba bien, pero que fuera a vestirse bien, lo cual hizo sin objetar.

Como ni mi acompañante ni yo podíamos hacer algo por mejorar la situación de la mujer herida, optamos por conducir de inmediato al responsable del incidente, Raimundo Chávez, que resultó ser gendarme, a la Comandancia de Policía; no sin antes hacer entrega de la pistola con que se había hecho la detonación al gendarme Luis González, para que la entregara al Oficial de Guardia de la Comandancia de Policía.

## DECLARACIÓN DE LA SEÑORA FELÍCITAS CORPUS

Me llamo Felicitas Corpus, pero respondo mejor cuando, en lugar de Felicitas, me llaman Fela. Soy dueña de una pequeña fonda que se encuentra aquí, en la calle Puebla, lo digo para que sepa que, cuando se le ofrezca, con gusto lo atiende en lo que toca a comida sabrosa. Le puedo preparar desde unas buenas enchiladas o unos tacos hasta un buen caldo o un menudo que me queda como para alimentar ángeles.

Perdón, ya sé que no me preguntó sobre eso, pero en estos tiempos tan fregados, la que no ofrece no vende. El caso es que a mi fonda va, bueno, creo que ahora debo decir iba María a comer, sin compromiso, es decir, iba cuando podía o cuando quería, y no por obligación. Yo no sé por qué me llamaba, si amigas, lo que se dice amigas, no éramos. Sí la atendía bien, sabía su nombre, sabía que trabajaba... bueno, en lo que trabajara no viene al caso.

En fin, el día que le pegaron el balazo yo estaba dormida en casa de mi familia, porque del martes al miércoles me desvelé trabajando más de lo que acostumbro, debido a que, como nunca, llegaron clientes y más clientes a mi fonda y no los iba a dejar ir por flojera o porque ya era muy tarde, o más temprano, según se vea. Por eso no supe cómo pasaron los hechos, es más, ni siquiera oí el balazo,

porque estaba en el séptimo sueño.

Me mandaron llamar porque dicen que María no dejaba de gritar mi nombre, no el de Felicitas, sino el de Fela, que es por el que todos me conocen. Aunque eso me pareció raro porque ¿para qué iba a querer hablar conmigo una moribunda que me conocía casi nomás de vista?, acudí a su casa. Ahí estaban el Juez de Letras y mucha gente y como ya dije, fui al lugar, porque me mandaron llamar con un muchacho.

Pregunté para qué era buena, pero el hombre que me mandó llamar empezó a escribir y hablar en voz alta: “En la calle Puebla número 28, en un cuarto se encuentra una mujer tirada en el suelo, herida, se llama María Salazar, tiene una lesión por arma de fuego a un centímetro de la cicatriz umbilical, de un centímetro de diámetro, con orificio de salida en la región sacra, de centímetro y medio de diámetro”.

En seguida le preguntó cosas a María y ella contestó con voz que nomás el Juez escuchaba, pero escribía y repetía en voz alta: “Que se encontraba en la casa cuando llegó el gendarme Raimundo Chávez, quien había sido su amasio (¡qué fea palabra!), y como se disgustara porque no quería seguir teniendo relaciones con él (¡qué vergüenza!), y el hombre lo dijo delante de todos los que estábamos ahí), que sacó su pistola y le disparó un tiro (¡desgraciado infeliz!), con el que le causó la lesión que presenta y que en el mismo cuarto se encontraba en esos momentos una mujer de nombre Manuela y cuyo apellido ignora (¿y esa quién es?, le dije a la que estaba mi lado pero no contestó), y cuando se oyó la detonación, ocurrió al lugar el gendarme Gregorio Vargas (ah, sí, Goyo), quien hizo la aprensión de su heridor”.

Se tardó tanto el hombre en preguntar y en escribir, que se olvidó de preguntarme bien a bien a mí y, para cuando María subió a la ambulancia que la iba a llevar al Hospital González, ya iba boqueando. Quién sabe si se hubiera salvado de no ser por la pachorrudez del Juez de Letras. En fin, el caso es que falleció en ese hospital el día siguiente.

## DECLARACIÓN DE RAIMUNDO CHÁVEZ

Soy Raimundo Chávez, soltero, con 30 años de edad, trabajo como gendarme municipal, nací en



Villa de Santiago pero hace tiempo que me radico en Monterrey. Lo que motivó mi detención fue haber herido a la señora María Salazar, mientras estaba en su casa. Puedo asegurar que esto no lo hice de manera intencional, sino por mala suerte de ella y por accidente mío. Por lo tanto, no tengo de qué arrepentirme.

Llegué a su casa como a las siete u ocho de la mañana de ese día y me acosté a dormir porque había tenido guardia en el turno de noche. Como a la una de la tarde, hora en que me levanté, le dije: “¿Dónde dejaste mi pistola, María?”, y ella contestó que la había puesto debajo de mi almohada. Entonces la saqué de ahí y cuando iba a meterla en mi cintura se me disparó un tiro que le causó la herida a María.

No teníamos ningún disgusto, y además María andaba tomada, y tal vez cuando por la mañana me sacó la pistola de la cintura la montó sin darse cuenta y así la dejó debajo de la almohada. Y como no me fijé si estaba o no montada cuando la tomé, en el momento de encajármela en la cintura se me disparó, y no había ninguna otra persona presente cuando pasó el accidente. No me di cuenta de que la había herido hasta que ella me lo dijo.

La sostuve en brazos, manchándome de sangre el pantalón, y cuando se me soltó de los brazos y cayó al suelo, me quedé sin querer huir porque todo fue un accidente. Cuando llegó el gendarme Gregorio Vargas, que vive allí al lado, le dije lo sucedido y le entregué mi arma. Luego me llevaron a la Comandancia de Policía.

## SENTENCIA

Quedando comprobado que el autor del homicidio perpetrado en la persona de María Salazar, fue el procesado Raimundo Chávez, con su propia confesión judicial, y dado que esa confesión está contradicha únicamente por la declaración de la ofendida, y que no ha sido posible cotejarla con la declaración de una mujer de nombre Manuela, que se dice presenció el hecho pero ha desaparecido de la ciudad, se le condena a sufrir, la pena de dos años, seis meses de prisión, a contar desde el 30 de junio del año próximo pasado, fecha de su detención.

Monterrey, N.L. 14 de enero de 1921



Trayectoria de la cultura en México